Una Sociedad Laborista

Por Corrado GINI, Director de la Escuela Especial de Estadística. Universidad de Roma, Italia. Versión al español de M. G. Padilla de Alanís. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

UN esquema de Norteamérica, trazado en una conferencia efectuada en el pasado diciembre, en el Centro Italiano de Estudios Americanos, [1] me ha procurado, por parte de colegas italianos y extranjeros, conocedores de la vida americana, la invitación de difundir en otros ambientes las conclusiones y a desarrollar su contenido.

Este artículo en algunas partes reproduce, acompañado de oportunas notas, y en otras reasume la dicha conferencia, conteniendo además algunos capítulos nuevos. Sin embargo, está lejos todavía de agotar el argumento, que abarcaría un volumen entero.

Decía yo en la conferencia mencionada, que la primera vez que un europeo pone el pie en territorio de los Estados Unidos de América, no encuentra grandes diferencias entre el grado de civilización de los dos continentes: un poco menos de arte; un poco más de maquinaria; algunos rascacielos, con frecuencia semejantes en sus perfiles a nuestros campanarios, que rompen la monotonía de las ciudades estereotipadas; gente un poco más laboriosa; un poco más jovial, un poco más sencilla y *sans facon;* pero los mismos vestidos, la misma moda; las mismas habitaciones, el

1 CORRADO GINI: América *stirpe di lavoratori.* (Un profilo del Nord America). Centro Italiano de Estudios Americanos. Comité Estadístico-Económico. Casa Editora Carlo Colombo.—Roma, 1940-XVIII.

mobiliario, las decoraciones, el idioma, los alimentos, las costumbres, algo mejoradas o empeoradas, pero substancialmente europeas. Un paseo por Constantinopla, por Egipto o por los Cárpatos, o simplemente por Cerdeña da la impresión de encontrarse en pueblos mucho más característicos.

Pero cuando se vive en América por un largo tiempo, y se visita con frecuencia —quien habla, ha estado en los últimos quince años, más o menos siete veces—se convence de que en realidad la semejanza es superficial, y que, bajo la forma europea de comportase y de vestir, se piensa y se siente al modo americano.

Es bien difícil darse cuenta de ello estando en Europa, por el trato con los americanos que ahí se encuentran. Los turistas están siempre atareados, y sus relaciones fugaces con la población local, no dan lugar a conocerlos. Aquél que por cualquiera circunstancia elige Europa para lugar de residencia, está generalmente europeizado, o deseoso de arraigarse al Viejo Continente, pues de otra manera, la nostalgia de su ambiente nativo lo haría regresar. Es también difícil ponderar las diferencias que existen entre Europa y América, a través del europeo que en América se limita a visitar las grandes ciudades del Noreste y del Sureste. Sólo quien haya penetrado en el interior, aprecia la verdad de cuanto los mismos americanos dicen: "No conoce América, quien viniendo de Europa no llega al Middle West". Tampoco le es fácil valorar adecuadamente tales diferencias a quien va a América por tiempo limitado, en misión oficial, ya que las clases elevadas con las que se pone en contacto principalmente, tienen una apariencia semejante a la de todos los países europeos. Para darse plena cuenta de dicha diferencia, es preciso vivir en América en calidad de observador más que de actor; tratar con personas de diferentes capas sociales, no sólo en ocasiones de ceremonias oficiales, sino en el desarrollo de la vida cuotidiana; trabar amistad con personas de diversas clases, no reacias en comunicar sus opiniones y sus sentimientos y aprender el arte de interrogarlas en tal modo de obtener respuestas, veraces; meditar sobre las impresiones y experiencias recibidas durante una primera visita y volver después de un lapso de tiempo para confirmarlas y completarlas. En efecto, otro tanto puede decirse para todos los países del Nuevo Continente, pero es particularmente cierto para los Estados Unidos de América, a los cuales me referiré en mi discurso y que por brevedad llamaré simplemente América.

Revelar el contraste entre la vida americana y la europea no es cosa nueva. Merecido buen éxito han tenido en los dos extremos del Atlántico

entre otros, los libros de Siegfried [2] y de Keyserling, [3] que tal contraste han señalado en brillantes síntesis que substancialmente responden a la verdad, pero algunas veces en forma aparentemente paradójica. Lo que sin embargo, todavía no se ha hecho, es precisamente penetrar algo a fondo en la etiología de las diferencias indicadas; investigar si la parte substancial de ellas, se puede considerar derivada de una circunstancia fundamental, que constituye la clave de los múltiples contrastes en apariencia desligados entre sí y a veces contradictorios. Y esto es lo que me propongo hacer en este artículo, siquiera superficialmente.

●

Yo creo que la clave debe buscarse en el hecho que la población americana es una extracción de las clases trabajadoras europeas. Una fina metáfora bíblica nos dice cómo la mujer fué sacada por el Padre Eterno del costado, que puede significar el corazón del hombre. En los siglos venideros, una metáfora análoga, dirá quizá, que el americano fué sacado por la Madre Naturaleza de los músculos del europeo.

Muchos representantes de la burguesía y numerosas familias nobles emigraron de las colonias holandesas, inglesas y francesas de la costa atlántica, y a ellos se debe la sólida formación de las normas de vida americana. Pero desde el punto de vista demográfico, su influencia quedó sumergida bajo la marea proveniente de los trabajadores. En la actualidad los descendientes de los peregrinos del Mayflower o de los gentilhombres de Virginia, representan una estimada rareza. Desde la elección de Jackson, la masa trabajadora y sus descendientes, adaptaron a su particular psicología y a las exigencias del desarrollo local, las formas heredadas de la civilización europea, imprimiendo a la vida americana un sello propio inconfundible.

Se agrega que la población americana, si es un extracto de las clases trabajadoras europeas, no es, sin embargo, un extracto representativo. Los inmigrantes no se reclutaron indiferentemente entre los trabajadores del viejo mundo, sino de modo prevalente entre todos los trabajadores más enérgicos, más emprendedores, más arriesgados, y por turnos, de las naciones que estaban en una fase expansiva de su desarrollo. Ver-

2 *América comes of Age. a French analysis* por ANDRE SIEGFRIED, New York, Harcourt, Braco & Co., 1927.

3 H. V. KEYSERLING: *America set free.* New York, Harcourt Braco and Co., 1928.

daderamente, en los tiempos primeros, ociosos, vagabundos, contribuyentes morosos, delincuentes y mujeres de malas costumbres, fueron deportados de Inglaterra y de Francia a las colonias atlánticas, y sus huellas todavía se encuentran ahora en aquellas tribus de degenerados que han constituído motivo u objeto de interesantes estudios para los eugenistas, y razón o pretexto para la adopción de leyes sobre la esterilización coactiva; pero se trata de huellas que no alteran la fisonomía de la Nación. Y esta fisonomía se había venido acentuando, en los últimos tiempos, por efecto de la calidad de la reciente inmigración, por la intensificación de las diferencias que la reproductividad presentaba entre las diferentes clases sociales y entre las viejas familias americanas y las extranjeras de origen o de nacimiento. Una de las más interesantes e instructivas experiencias que se practican en los laboratorios zoológicos, es la de examinar si un segmento separado de un organismo se desarrolla, y los caracteres que asume cuando llega a desarrollarse completamente. América constituye un experimento semejante, llevado a cabo por la Madre Naturaleza en el inmenso laboratorio de la humanidad, que nos muestra cómo se desarrolla —colocado en un ambiente adecuado— aquel segmento de una sociedad que está representado por sus clases trabajadoras.

Es posible que las condiciones casi ideales del experimento se modifiquen bajo la influencia de la actual inmigración, más o menos voluntaria de elementos heterogéneos, racial o ideológicamente, de las clases intelectuales europeas; esta es una razón para proceder, sin duda, al estudio de su desenvolvimiento, y del producto que resulta de él.

Otra razón está en la importancia de tal resultado. Pues que el sociólogo verdadero es también, yo diría, el verdadero biólogo, los cuales, tanto como a los caracteres morfológicos, atribuyen importancia, a las cualidades psíquicas, deben preguntarse, si del experimento americano, la Madre Naturaleza no ha sacado ya, una nueva variedad humana, que ya reacciona potentemente sobre las poblaciones de la madre patria y está destinada a invadir el nuevo mundo con su influencia.

●

La más saliente característica diferencial del nuevo producto se refiere a la psicología del trabajo. En Oriente se trabaja para vivir; en Europa se trabaja para consumir y en América se trabaja por trabajar.

Son tres estadios de una evolución progresiva. Europa atravesó en la antigüedad por la misma etapa, que todavía caracteriza las más atra-

sadas poblaciones de Oriente. El trabajo constituía entonces un peso insoportable que el hombre libre no toleraba sino en la medida estrictamente necesaria; y el progeso social se podía realizar sólo a través de los esclavos o de los siervos. De éstos, después de siglos de sujeción y de selección, surgieron las clases libres (burguesas, obreras, agricultoras), de la época moderna, para las cuales el trabajo se vuelve menos pesado, al grado de efectuarse no sólo para la adquisición de lo indispensable, sino para el logro de un mayor confort. Después de algunos siglos de severa disciplina y de ulteriores selecciones de los elementos más emprendedores de las clases trabajadoras, han emergido los ciudadanos de América, para quienes el trabajo representa una normal expresión de vida.

No se si ésta puede llamarse la psicología general de la población americana, [5] pero es indispensablemente la psicología de la clase dirigente que decide la conducta de la Nación. Rockefeller, que propietario del mayor patrimonio del mundo continúa su actividad productiva hasta una edad decrépita, constituye el prototipo de la clase dirigente. Pero de todos modos, la psicología de las masas armoniza con aquélla de las clases dirigentes. Son significativos los motines de los encarcelados, cuando la administración de las prisiones les negaba la posibilidad de trabajar. En Europa, en un tiempo, constituían la máxima pena los trabajos forzados, en cambio ahora, para los americanos, esta pena está representada por el ocio forzado.

Múltiples circunstancias han concurrido a tal resultado: la dureza estimulante del clima, las dificultades y peligros provenientes de la vida de pioneros y el consiguiente "espíritu de frontera"; la abundancia de la nutrición que ha sido posible gracias a los abundantes recursos naturales, que casi impone al organismo una correspondiente actividad, insatisfecha demanda de fuerzas trabajadoras, descubrimientos de técnica, que han hecho menos gravoso el esfuerzo productivo. Es cierto, sin embargo, a mi modo de ver, que tales circunstancias no han hecho más que reforzar y favorecer la propensión innata de los emigrantes, que la sed de trabajo había reclamado al otro lado del Océano. No es que la psicología de los americanos difiera en todo de la de los europeos. Ellos tienen las mismas necesidades y los mismos deseos de los europeos, pero uno particular se añade a tales deseos: el de trabajar. El alcance de éste es incalculable, porque produce una diversa concepción de la vida y una

5 Para las reacciones, que mi tesis ha provocado por parte de los diarios del partido socialista americano, y para mi respuesta, véanse las mencionadas *Prime linee di Patología Económica,* Págs. 196-197.

diferente escala de los valores sociales. El contraste entre personas que trabajan y personas que no tienen necesidad de trabajar, y por lo tanto no trabajan, que es la base de la cuestión social en Europa, no existe en América, precisamente porque todos aquellos que cuentan, sienten el deseo de trabajar, y los que no cuentan, trabajan sin que sea para ellos un sacrificio. Esto explica cómo el comunismo no ha llegado a hacer presa o a dar temor en América. Esto explica también por qué no se siente la necesidad de establecer diferencias sociales marcadas, reforzando las jerarquías. Es que les faltan aquellas profundas diferencias que, sin una marcada jerarquía, pueden amenazar el equilibrio social. En cambio, entre nosotros es necesaria esta fuerte jerarquía, por lo que el Fascismo comprendiendo esta necesidad ha dado el remedio fundamental, implantando como base de la "Carta del Lavoro", el principio que el trabajo es un deber social.

Esto me hace ver sin demasiada preocupación la progresiva americanización del mundo, que ciertamente está realizándose y que en verdad no tiene sólo aspectos favorables.

●

Estrechamente conectada con la psicología productiva está la relativa importancia que en la sociedad americana se atribuye al capital y al trabajo, tan diversa de la que éstos asumen en la sociedad europea.

El americano tiene fama de ser un disipador, y en cierto sentido lo es. Se dice que una familia francesa vive con lo que una familia americana derrocha. ¡Y cuánto derroche en las administraciones! A pesar de la tolerancia que siempre existe por un mal difundido, no falta en ocasiones el castigo, y más de un administrador europeo en visita a las grandes ciudades de los Estados Unidos para conocer al colega en sus negocios, se encuentra con que éste está en prisión. En los últimos años con el aumento de la importancia de la acción social, desplegada por los organismos federales, el despilfarro ha tomado incremento nacional y dimensiones correspondientes. Dan espanto las sumas gastadas en las tentativas de redistribución de la población bajo el New Deal; se dice que las cantidades casi se han perdido.

Pero así como el americano disipa los capitales, economiza el trabajo.

Una de las características de la sociedad americana que pone en aprietos al europeo que visita América es la escasez de personal de servicio. En un edificio público, que en Europa estaría atendido por lo menos me-

diante una docena de ujieres, no se encontrará más que el portero. En una de mis visitas a la sede central de la "Metropolitan", la mayor sociedad de seguros de América, y por lo tanto, del mundo, habiendo errado el ascensor, he tenido que recorrer una buena media hora varios corredores e inmensos salones llenos de glosadores y escribientes (había entonces cerca de ocho mil empleados; ahora ciertamente serán muchos más), buscando la oficina de mis amigos estadísticos, sin encontrar un solo ujier que me supiese indicar el camino. En el rescacielos de la "Metropolitan" y en general en todos los rascacielos de Nueva York, los ascensores están bajo el cuidado de un sirviente, pero la regla en América es que su funcionamiento esté a cargo del público mismo.

Las sirvientas, aunque negras, constituyen en América una rareza. Bien pocos profesores de las universidades americanas, aún de los grados más bajos no poseen un automóvil, pero lo guían ellos mismos; todos tienen una máquina de escribir, pero la usan también ellos mismos, pues tener un chofer o una taquimecanógrafa a su disposición es un raro privilegio. Pero la mayoría de ellos, aún teniendo uno o más automóviles, no tienen sirvienta o tienen una a medio servicio, pues tener más personas para el servicio completo, es un lujo absolutamente excepcional, y así sucede por ejemplo, que en casa de eminentes colegas americanos, en una comida que nosotros diríamos de etiqueta, en la cual está prescrito el traje de noche, el ama de casa tendrá que levantarse de cuando en cuando para ayudar al personal de servicio, generalmente reclutado, al menos en parte, para tal ocasión.

Una de las más interesantes experiencias etnográficas que he hecho en mi vida, ha sido la del semestre pasado como "visiting professor", en la Universidad de Harvard, considerada justamente como la mejor universidad americana. Estuve alojado en un departamentito tradicionalmente destinado a los profesores extranjeros, en una de las "houses" (nosotros diríamos "colegios") en las que se reparten después del primer año, los estudiantes acaudalados, de aquella riquísima universidad. El apartamentito, que consta de un amplio cuarto de estudio, una recamarita y un gabinete de baño, no difiere de los destinados a los estudiantes, más que en vez de ser amueblado por la Universidad, es al huésped a quien toca amueblarlo. El servicio es el mismo y consiste en el paso ciclónico de una mujer (que, por expresa cláusula debe ser *nec pulchra, nec formosa)* armada de todos los mecanismos del caso, que cotidianamente tiene que asear un cierto número de apartamentos con una media de veinte minutos por cada uno. En todo el colegio, que comprende algunos centenares de tales apar-

tamentos, hay sólo un encargado que atiende todo el edificio, de cuya benevolencia depende si se puede tener una lámpara de mesa o un taburete de más; él constituye, por lo tanto, una autoridad de primer orden. De aseo del calzado, como en toda la América, ni se habla: o lo limpia uno mismo, o lo hace lustrar en una bolería. De limpieza del traje no se diga; o lo limpia el interesado o se hace un contrato con una empresa que lo lleva y lo devuelve un número de veces al mes, a menos que uno mismo lo lleve y lo traiga. ¿Si se cae un botón? Habrá que ponerlo por sí mismo o llevarlo a la empresa citada. ¿El vestido se mancha? Aquí la alternativa es más radical: o uno mismo lo limpia, o lo lleva a una lavandería que lo lava completamente, porque nadie malgastará su esfuerzo en desmancharlo. ¿Se tiene que llevar un grueso paquete de libros a la Universidad que dista cinco minutos? No hay otra alternativa que llevarlo uno mismo o llamar a una agencia de transportes que al día siguiente o después, lo recogerá y lo depositará en la biblioteca. Y así, por las calles de Cambridge, se ven los estudiantes universitarios, que cada año gastan en su educación millares de dólares, ir y venir de las empresas de aseo, desmanchadoras y reparadoras, llevando a guisa de bandera, su propio saco o a guisa de oriflama, su propio pantalón; y en junio nos ha tocado ver al director de mi "house", un conocido profesor de universidad que ha pasado la primera y segunda juventud, dirigirse hacia la biblioteca agobiado por el peso de un maletín evidentemente cargado de libros, que debía restituir a la clausura del año académico. A pesar de ser el jefe de una extensa y complicada administración de la que dependen varios centenares de estudiantes, el portero y todo un pequeño ejército económicamente organizado de sirvientes, cocineros y camareros, no habría podido encontrar ninguno a quien poder encomendar tal servicio.

Otro día en otra grande universidad americana, en Minnesota, estando pagando con un molesto resfriado el tributo al clima infernal de la llamada primavera local, seguía los movimientos tayloristas de la camarera que repasaba cada mañana la pieza con el aspirador, y cambiaba la ropa de baño. El baño naturalmente no era usado con frecuencia por un enfermo, pero —sucias o limpias, extendidas o intactas— las toallas de manos, toallas de baño, tapetes, desaparecían todas las mañanas sin distinción en el saco de ropa sucia. No había tiempo que perder examinándolas; resultado que después de dos o tres comportamientos semejantes —que difícilmente la ropa resiste más tiempo el trato de las lavanderías americanas— estarán en condiciones de tirarse.

En la oficina de un banco, nadie reclamará si se destruye una pluma, si se mancha o se rompe una hoja de papel o secante puestos a disposición del público, pero si uno se detiene más de lo necesario frente a una ventanilla, inmediatamente el empleado dará muestras patentes de impaciencia, acompañadas de una enérgica protesta.

A los lados de ciertos caminos vecinales, tortuosos, o en alguna forma peligrosos, se ven diseminados —y mucho más se veían cuando el sistema de carreteras no estaba tan avanzado— despojos de automóviles que los propietarios no se habían preocupado por recuperar después del accidente, y en uno de los paseos dominicales por los alrededores de Nueva York, me parece que por el Hudson, un vaporcito costea una completa flota de naves que se enmohecen a la intemperie. Son las naves construídas durante la guerra mundial, abandonadas después, en vista de que su uso es demasiado costoso, sin que nadie piense en aprovechar su material.

En Inglaterra se cuenta una historieta, para caricaturizar la parsimonia de los escoceces. Un turista se encuentra frente a un enorme agujero. —¿Qué es ésto? ¿Ha habido una explosión volcánica? ¿O una bomba alemana? ¿O un meteoro?— Nada de ésto; se trata simplemente de un escocés al cual se le ha caído un centavo de la bolsa en una hendedura y se ha puesto a buscarlo. Tanto ha escarbado hasta que lo ha encontrado Para un americano la historieta se podría invertir así: un turista se para en una calle delante de un montón de oro. —¿Qué cosa es? Es un americano que lo ha perdido—. ¿Pero no se ha dado cuenta? ¿Nadie lo ha visto? —Sí, él mismo se dió cuenta al igual que otros muchos lo han visto, pero ninguno ha querido perder tiempo en recogerlo.

Fuera de la caricatura, el contraste no es sin razón. Se cuida lo que se aprecia; se aprecia aquello de lo que se carece. El europeo en general, y el escocés en particular, abundan y superabundan de fuerzas de trabajo y carecen de recursos naturales y de capitales. El americano no tiene abundancia de recursos naturales y penuria de trabajo. Su tesoro es el trabajo. Se ha dicho que la sociedad americana es una "Sociedad ultracapitalista" y esto es verdad en el sentido de que enormes organismos capitalistas se han formado en ella; pero si cada sociedad debe estar caracterizada por el elemento que mayor importancia asume en ella, la sociedad americana, en oposición a la "sociedad capitalista" europea, debería llamarse una "sociedad laborista".

Enorme para toda la vida americana, es el alcance de la prevalente consideración del trabajo sobre el capital.

Una primera consecuencia, de carácter económico, es la alta retribución del trabajo y la baja retribución del capital. La primera es notoria y constituye la atracción más fuerte para los trabajadores europeos. Menos notorio es el hecho que ninguna retribución se da por los depósitos en cuenta corriente; en algunos casos, por el contrario, el depositante es el que debe pagar algo. De esto proviene naturalmente un estímulo vigoroso a la innata laboriosidad de la población y a la inmediata inversión o consumo de las economías.

Una segunda consecuencia transforma todo el ritmo de la existencia. El capital es un bien que, en la sociedad europea fructifica automáticamente. Si el propietario no lo disfruta él mismo, otro en cambio lo disfrutará mediante un préstamo contraído directamente, o por medio de los bancos. Es éste el resultado de la superabundancia de las fuerzas de trabajo. Si no trabaja el propietario del capital, otro, que por otra parte difícilmente trabajaría, trabaja a su vez, y la colectividad esencialmente no pierde. De ésto se deriva la marcha lenta de la actividad económica. Pero, si por otra parte, un propietario destruye o malgasta su capital, nada puede suplirlo, y da por resultado una pérdida efectiva que afecta a la colectividad. De aquí la valoración de las dotes de severa administración, y la idea de una especie de derecho de alta propiedad, de parte de la colectividad, sobre todos los bienes de los individuos, los cuales, en el fondo, serían administradores del interés general.

Lo contrario sucede donde, como en América, el capital superabunda y las fuerzas de trabajo escasean. Si una persona disipa sus propios bienes, ninguna otra será afectada, porque nadie queda por ésto sin trabajo, y la producción no se resiente en una medida apreciable. Trátase de un negocio privado. El propietario es así dueño absoluto de sus bienes. Pero si un ciudadano no trabaja, ésto sí que representa una pérdida irreparable. Y el trabajo no representa como el capital algo que queda en existencia, sino que es un flujo que se desvanece si no se emplea al instante. De aquí la obsesión, el paroxismo del trabajo. Si la alta retribución de los trabajadores estimula la innata laboriosidad de la población, la escasez del trabajo la exaspera. Muchos europeos, llegados a América, tienen la impresión de no estar en una sociedad de hombres que gozan racionalmente de la vida, sino en un antro dantesco de condenados a una fatiga sin reposo.

No sólo el trabajo se vuelve una pesadilla; sino que no se considera como digna del nombre de trabajo una actividad que no tenga carácter intenso o continuo. La actividad dirigida a vigilar el funcionamiento de las

administraciones públicas, que en Europa constituye la tarea de tantos ciudadanos, aún sin que éstos desempeñen algún cargo público, en América no se conoce. Explicándome las malversaciones, tan frecuentes en las administraciones de las ciudades americanas, un colega me hacía observar que los americanos están demasiado absorbidos en sus asuntos privados para poderse ocupar de lo que hacen los administradores públicos. Igualmente, la actividad del ama de casa desarrollada entre descansos y distracciones, no es de la naturaleza que satisfaga a una enérgica señora americana. Si no es empleada o profesora o periodista, buscará una ocupación continua en una organización de asistencia social o de proselitismo religioso, o de protección de muchachas extraviadas o de protección de los menores delincuentes o de los inmigrados de Puerto Rico o de las Filipinas. El marido, en caso dado que viva con la mujer, está acostumbrado desde muchacho a no tener los cuidados femeninos. Los chicos van a la escuela y, terminadas las clases, a los campamentos veraniegos. Para los alimentos, las provisiones, una orden telefónica, mandan a casa los víveres, y media hora basta para arreglar aquello que no está preparado en caja.

La falta de atención femenina se revela, como en muchos otros campos en la toilette del hombre americano.

Esta mañana en la mesa del refectorio del Colegio donde estoy tomando el desayuno se me unió mi amigo John B. John B. es un estudiante de la Universidad de Harvard, que este año tendrá su título de bachiller. La primera mañana que fuí al comedor, me hizo el honor de invitarme a su mesa, y tal vez se ofendería si la cambiase. Hijo de un gran comerciante de carnes en conserva, espera que apenas obtenga su título, se empleará en cualquier banco ligado con los negocios paternos, y ganará después de pocos años cualquier cosa como 20 o 30 mil dólares. Para John, como para la mayor parte de los estudiantes de Harvard, miembros de la aristocracia financiera americana, un profesor de universidad, que en Harvard —la Universidad que paga mejor de toda la América— cuando llega si acaso a ser titular, recibe 8 mil dólares, es un fracasado de la vida, y es visto con aquella mezcla de respeto y de compasión, con que se ve en Europa un profesor de gimnasio inferior o un maestro de gimnasia. No se si un profesor extranjero, hecho venir expresamente de Europa, sea considerado por él en más o en menos, pero ciertamente no mucho más, ni mucho menos, pues tiene la misma paga. Ahora el vestuario de John presenta una novedad: su acostumbrado saco de lana azulosa porta en los codos dos espléndidos remiendos de cuero amarillo. Le hago notar lo prác-

tico de la innovación. ¡Ah! —exclama satisfecho— pienso que ayer, mientras me levantaba de la mesa para ir a la cita de un amigo (palabra neutra en lengua inglesa) me doy cuenta de que en el codo derecho tenía un agujero, y la empresa que arregla los vestidos no debía venir sino tres días después, y, para colmo de desgracia, de los otros dos vestidos uno lo había llevado el día anterior a la lavandería porque le había caído una mancha de grasa sobre la solapa, y el otro, una muchacha descuidada le había hecho una quemadura con un cigarro. Así, por algún tiempo, no tendré otra preocupación. No tengo tiempo de expresar mi aprobación, porque llega el colega Fred S. Fred S. es un profesor "asociado" de una materia cualquiera de la Universidad de Harvard. Casado, su esposa enseña en una Universidad del Oeste, pero él aunque instructor del Colegio, goza del privilegio de usar un apartamentito igual a aquél de los estudiantes y es por lo tanto, admitido en el refectorio. Como siempre, Fred usa cuello y camisa agujerados, pues como sucede a veces, la prensa de la planchaduría mecánica, ha deteriorado el cuello, desgarrando la tela, y ha puesto al descubierto el burdo forro, y también ha triturado los botones de la pechera de la camisa, en la que falta uno, mientras el otro está representado por un sector semicircular. Dentro de dos días, cuando manden de la lavandería a recoger la ropa, se escribirá un billetito, prendiéndolo bien a la vista con un alfiler, en el que se advierta que hay que substituir dos botones; por ahora no quedaba otra cosa que usar la camisa como estaba. Además, la toilette de Fred ofrece otras novedades, y esto se comprende por el aire con que se presenta esta mañana. Fred quizá espera que yo le diga que parece un figurín de París, o cuando menos que parece un europeo, cumplimiento que agradecería muchísimo. Pero yo no se decir tan grandes mentiras. Fred ya me había dicho cómo se había provisto de su nuevo vestuario. Cobrado su sueldo, y habiendo terminado según el calendario, la primavera, ha adquirido su provisión estival. Entre el fin de la tarea del colegio y el principio del cinema, quedan veinte minutos, bien suficientes para el efecto. En el grande almacén que está precisamente cercano al cinema, había adquirido un saco de un hermoso verde tierno, que con otros saldos de la tienda, estaba expuesto para atraer con su bajo precio y quizás con la simpatía del color, a cualquier estudiante al verle. Llegó a tiempo de asegurárselo. Al saco ha agregado un par de pantalones de franela gris, que están de moda. No había tiempo de probarlos; pero el dependiente que lo conoce, le ha asegurado que le debían quedar a la medida. Después había que comprar la corbata. Estaba en la vitrina toda una exposición de corbatas de un rojo fuego, que debían evidentemente

estar de moda. También esta adquisición ha sido hecha en un instante. Sigue, no menos rápidamente, aquella de los zapatos, escogidos con análogo criterio, de entre la fila de zapatos blancos con suela de goma, que el dependiente asegura tendrán un gran éxito en la próxima estación. Así Fred ha podido ir al cinema sin perder ni siquiera una escena de la revista que precede a la película, y a la mañana siguiente se ha endosado la nueva vestimenta. El saco está ciertamente un poco estrecho de los hombros, pero puede ser que sea la moda; las mangas están verdaderamente largas, puede ser que también estén de moda y, si no, la próxima semana se pondrá un recado para la empresa que limpia los vestidos, a fin de que las acorte. Los pantalones están un poco cortos, es lo de menos: se baja la cintura y todo está hecho. Falta el chaleco, porque el traje está destinado al verano. Por ahora el chaleco tampoco es necesario. Quedan los chalecos de los vestidos de invierno. Este de lana marrón va estupendamente. Así Fred, saco verde tierno, chaleco marrón, corbata llama, bajo un cuello descosido y además con agujeros, pantalones grises, zapatos blancos, el conjunto integrado por una visibilísima franja blanca que corre entre el chaleco y los pantalones, resultado de la cintura baja y de la falta de tirantes, se presenta esta mañana con aire radiante, y permanece evidentemente contrariado de no recibir mis congratulaciones, que son superiores a mis fuerzas.

Pero dejemos las consecuencias que impresionan, para hablar de las que cuentan.

El resultado de la escasez de trabajo que más cuenta, está ciertamente representado por el esfuerzo para reemplazarlo. El substituto del trabajo es la máquina. Sucede con frecuencia que un grande y permanente progreso de la humanidad, se deriva del esfuerzo por superar una dificultad contingente, ocurriendo que el alcance del éxito ha superado la meta. De esto se derivan el progreso mecánico, la producción en serie, la especialización excesiva de la mano de obra, que caracterizan la producción americana, constituyen la superioridad, se imponen a la admiración universal, y determinan irresistiblemente la americanización del mundo. La ventaja esencial deriva de la posibilidad de disfrutar plenamente, en la fabricación de la maquinaria y en su empleo, las cualidades inevitablemente mediocres de las masas trabajadoras. Es cierto que la calidad del producto no va siempre de acuerdo con la cantidad, y cuando se trata de mercancías ya producidas en Europa o en Asia, esta circunstancia permite a las industrias de los viejos continentes defender sus posiciones; pero con frecuencia el progreso mecánico de la industria americana hace posible sólo

para ella, o cuando menos en un principio, obtener productos nuevos y el monopolio permanente o temporal que se deriva de esta situación, la confiere el dominio indisputable del mercado.

Otras consecuencias a un tiempo cuentan o impresionan.

Ya hemos dicho cómo el hecho de que todos trabajen, quita cuanto en Europa hay de moralmente antipático en el contraste de las clases sociales. Además, el hecho de que el trabajador manual gana mucho, y a veces más que el trabajador intelectual, naturalmente atenúa tal contraste. También el operario tiene en verdad su periódico, su automóvil, su radio, concurre al cine, da su paseo al campo a fin de semana, juega algunas veces en la bolsa. La diferencia se atenúa ulteriormente por el hecho que tampoco el trabajador intelectual se puede sustraer a muchas necesidades materiales. El también debe lustrarse los zapatos, llevar la petaca, guiar el automóvil, escribir en máquina, servirse por sí mismo en muchos restaurantes. Si es mujer, debe cocinar aunque sea en una medida reducida. De estudiante muchas veces ha trabajado de camarero o de cargador para mantenerse en la Universidad. Las distancias se han acortado de tal modo que hay que preguntarse si todavía existen. ¿Qué diferencia hay, salvo que los intelectuales llevan siempre el cuello blanco y los operarios sólo en fiestas? Usted creerá ver quizás alguna otra, pero no se si el americano la vea. En América casi nunca se habla de "clases elevadas", sino de "clases de cuello blanco". El igualitarismo de la democracia americana es innegablemente el resultado, no sólo de una elevación cualitativa y cuantitativa del tenor de vida de las clases bajas, sino también, al menos según los criterios europeos, de un descenso cualitativo del tenor de vida de las clases elevadas. Hay naturalmente una pequeña minoría, que en la vida americana está verdaderamente *ex lego* de éste como de cualquiera otro punto de vista; pero es demasiado pequeña para alterar la fisonomía de la nación.

Otra consecuencia que impresiona y que cuenta en la vida americana es la importancia del mecanismo. El mecanismo estimula, vivifica, premia, corona todas las iniciativas científicas, industriales, artísticas, asistenciales, deportivas de la nación. Completa el espíritu democrático, porque ofrece la posibilidad del ascenso social aún de los elementos de las clases más desheredadas. Pero sería erróneo juzgar de los móviles o motivos, y de los efectos del mecanismo con criterios europeos. El no asumiría ciertamente las dimensiones que asume sin el escaso apego que el americano tiene por la riqueza acumulada y surtiría efectos incomparablemente superiores si las sumas donadas con tanta liberalidad fuesen gastadas con prudencia y ra-

ciocinio. Las sumas donadas para los experimentos científicos alcanzan cifras fantásticas para nosotros. En 1936, por ejemplo, el presidente de la Universidad de Harvard anunció, en su discurso de clausura del año académico, donaciones extraordinarias, con un monto de seis millones de dólares, equivalente a casi 120 millones de nuestras liras. Estos venían a agregarse a los ingresos por cuotas de los estudiantes, contribuciones adecuadas al alto prestigio de la Universidad, y a los espléndidos frutos del conspícuo capital acumulado.

La razón por la cual las sumas donadas dan un rendimiento desproporcionado, debe buscarse esencialmente, a mi modo de ver, en la prisa por recoger los frutos. Como en el trabajo manual, así en el intelectual, el americano tiene la obsesión de no perder tiempo. Por esto, cada cierto número de meses, quien goza de un subsidio para investigaciones científicas, debe dar cuenta del empleo del tiempo, y presentar los resultados obtenidos. Este sistema no obstaculiza los estudios experimentales, pero es prácticamente inaplicable en las ciencias sociales, morales, filosóficas y matemáticas, cuando se aspire a aportar a los argumentos estudiados una contribución original de pensamiento. ¿Quién puede garantizar el tener una idea nueva a plazo fijo? Esta es la razón principal de que en la actividad científica americana, gran parte está absorbida por las obras de compilación. Por la misma razón muchas otras pesquisas consisten en pura recopilación de hechos, que serían útiles si alguien tuviese la capacidad para interpretarlas, obteniendo de ellas algunas regularidades científicas; pero comúnmente no hay quien lo haga, porque no se encuentra quien costee experimentos con tan lejano y problemático rendimiento. Por esto, a pesar de la abundancia de estudiosos, los abundantes experimentos y la intensa actividad, la América ocupa, en las ciencias sociales, morales, filosóficas y matemáticas, un puesto netamente inferior a aquél que le pertenece en las ciencias biológicas y físicas.

●

Otra consecuencia de grande importancia social de la universal laboriosidad de los hombres americanos, es la posición que en la sociedad asume la mujer. Faltan, en América, hombres que, no teniendo otra cosa que hacer, se dediquen generosamente a la organización de la asistencia, de la beneficencia, de las relaciones sociales, que fuera de los negocios se forman con tranquilo examen, y se intercambian en los círculos privados o públicos, las propias opiniones sobre los sucesos del día y, con sus reacciones preparen y dirijan las reacciones sociales. Y su puesto está

ocupado por la mujer, que, como decía, se sentiría como desocupada si no tuviese más que las ocupaciones del arreglo de la casa. La influencia y el prestigio de la mujer, resultan por lo tanto, superiores sin comparación, a aquéllos que les competen en la sociedad europea. El europeo se sorprende de la docilidad con que, en la sociedad americana, el potente hombre de estado, el omnipotente financiero, el conocido profesor de universidad, y el famoso jefe de los gangsters, el reverendo ministro del culto y el admirado astro del cine, están atentos, a guisa de perritos amaestrados de raza diversa, a las perentorias órdenes de sus dulces y autoritarias mitades.

No se que sociólogo o etnólogo ha dicho que la mujer ha sido el primer animal doméstico. Quien crea que América precede la evolución de la humanidad, puede fundadamente pensar que, si el primer animal doméstico ha sido la mujer, el último animal doméstico está destinado a ser el hombre.

En realidad, las mujeres constituyen la clase superior de la sociedad americana; y esto ayuda a explicar algunas disposiciones legislativas y muchas actitudes de la opinión pública en América, difícilmente comprensibles por otra parte, a la mentalidad europea.

●

Sería injusto, sin embargo, desconocer que la superioridad social de la mujer americana encuentra fundamento en su superioridad intrínseca respecto al hombre americano.

El americano se resiente fuertemente en su extracción. Reforzadas o atenuadas por la selección efectuada a través de la emigración, desarrolladas o corregidas por efecto del nuevo ambiente y de las peculiaridades de la nueva vida, las características físicas y psíquicas del americano se conservan sin embargo, fundadamente, iguales a las características del campesino europeo.

De aquí su vigor, acentuado por la selección que resultó de la emigración, y, hasta en los últimos tiempos, de la vida de frontera, y todavía más, del ejercicio físico, además de la abundancia de nutrición. De todo ello proviene la excelencia del americano en todos los deportes; y si en algunos no sobresale, como en la esgrima, esto sucede porque están poco cultivados.

De aquí su aspecto físico. La abundancia y la racionalidad de la dieta han quitado a su figura la delgadez y las angulosidades características del

campesino europeo, deformaciones frecuentes a causa de la alimentación cualitativa y cuantitativamente defectuosa, del trabajo unilateral y monótono y mal distribuído en el tiempo, y con frecuencia de la insalubridad de la habitación; pero no han podido suprimir una cierta rusticidad de lineamientos. Como siempre sucede, el ideal estético difiere del tipo normal, y los jovencitos representados en los anuncios publicitarios (que constituyen un verdadero arte en América), chocan a un europeo, y sobre todo, a una mujer europea, por sus facciones regulares, ciertamente, pero poco refinadas. No se si semejantes características tengan también las poblaciones de otras colonias; pero es probable. Yo he tenido ocasión de encontrarlos en Calasetta, una colonia de piamonteses y de pescadores liguros establecidos en las orillas de Cerdeña, que ha sabido desarrollarse en la abundancia con el intenso cultivo de los campos.

En la mujer, la mayor delicadeza del trato, conexa a su sexo, corrige tal rudeza y deja resplandecer en su plenitud, la frescura y el vigor de la estirpe. Esto no debe sorprendernos. También en Europa, las mujeres del pueblo han proporcionado a los artistas sus modelos más célebres, como ahora proveen al escenario y a la pantalla con las estrellas más admiradas, mientras las bellezas aristocráticas presentan con frecuencia una delicadeza excesiva de líneas, que confina con lo enfermizo. Una dieta sana, un ejercicio físico racional, las comodidades higiénicas que sólo un elevado tenor de vida vuelve posibles, son otras tantas circunstancias que facilitan la plena explicación de las cualidades físicas de la mujer americana. Desde el punto de vista estético, la mujer americana resulta, en realidad, netamente superior al hombre americano, por un lado, y, por otro, en media, a la mujer europea.

Otra característica física del americano de los dos sexos, es la jovialidad del aspecto. Aún bajo los cabellos grises, los rostros se conservan rollizos y vigorosos y las figuras derechas y sólidas. ¡Cuánta diferencia con ciertas caras apergaminadas y rugosas, que tan frecuentemente se encuentran, aún en la edad joven, en Portugal, en España y en Cerdeña! La juventud no se limita únicamente a los rasgos morfológicos. La necesidad de ejercicio muscular se conserva hasta edad avanzada. Cuando la última vez, en 1936, fuí a Harvard, en ocasión del tercer centenario de aquella Universidad, el antiguo Presidente, profesor A. L. Lowell, estaba —me dijo— fuertemente contrariado, porque la visita médica, periódicamente obligatoria después de cierta edad, no le había confirmado a causa de su vista no muy perfecta, el permiso de guiar su automóvil, como solía hacerlo habitualmente. Tenía 80 años. El baile, prerrogativa, entre nosotros,

de la juventud irreflexiva, en América se practica —puede decirse— a todas las edades. En los trasatlánticos, el europeo se queda impresionado de los viejos americanos, algunas veces de 70 o más años, que no dejan en toda la noche, una sola tanda de danza, y las madres, diremos así, maduras, que, en ausencia de otros caballeros, bailan con sus propios hijitos. Y nos parece extraño que hombres y mujeres con los cabellos blancos se den recíprocamente los epítetos de "girls" y de "boys". En Europa, sucede con más frecuencia oir a los jóvenes llamarse uno al otro "mon vieux". Algunas veces los modos corrientes de decir tienen un profundo significado biológico.

Esta persistente exuberancia de vida no queda sin una consecuencia social. No hay entre viejos y jóvenes, aquella jerarquía que se verifica en Europa: son todos buenos camaradas. En América el igualitarismo se apoya, no sólo en el espacio, entre las varias clases sociales, sino también en el tiempo, entre las varias clases de edad. Contribuye a ello indudablemente el carácter dinámico que ha tenido y tiene la sociedad americana, porque, en la sociedad, la autoridad de las clases ancianas, es tanto mayor, cuanto mayor resulta la utilidad que puede aportar su experiencia, y esta utilidad resulta tanto mayor cuanto mayor es la analogía del mundo actual con aquél en el que ellos han vivido. Por esto los ancianos gozan de autoridad casi ilimitada en las sociedades estacionarias de los primitivos; mientras todas las revoluciones dan parte preponderante a la juventud.

A las características físicas del americano, hacen contraste las psíquicas, que, no menos que las físicas, están influídas por su extracción.

Las concepciones tradicionales de las clases elevadas europeas y las susceptibilidades de prestigio y de orgullo, que regulan una gran parte de su conducta, han hecho sobre él conquista ilimitada. Por esto el americano con frecuencia nos parece liberal de ideas; al mismo tiempo es corto de visión. Las consecuencias inmediatas de los hechos, asumen, en sus decisiones y previsiones, mucho mayor peso que las consecuencias remotas; a lo que pudo haber contribuído la vida intensa y fácil de las pasadas generaciones que no tenían necesidad ni tiempo de preocuparse del porvenir. Por otra parte, al americano le es más fácil que al europeo reconocer sus propios defectos y sus propios errores; así ahora, no hay ninguno, ni siquiera en el Norte, que no confiese la errada política seguida en contra del Sur en los años posteriores a la guerra civil; y así, estoy seguro que dentro de poco, todos reconocerán lo absurdo de la política adoptada frente a Europa después de la guerra mundial, política que, impidiendo a ésta adquirir, ha determinado la suspensión del mecanismo productivo america-

no, y, dada la rigidez de toda organización especializada, ha conducido al resultado paradójico de millones de desocupados en un país que carece de fuerzas de trabajo.

Bonachón y abierto, como todos los trabajadores, acogedor e ingenuo, como por regla general son los campesinos, el americano, es, al mismo tiempo, como los campesinos, conocedor de su ingenuidad, y por lo tanto, suspicaz hacia los extranjeros, que se quieren aprovechar de ella. Frente a los europeos, él demuestra a menudo un complejo de inferioridad, que se manifiesta particularmente cuando se encuentra en ambientes extranjeros. De aquí, en particular, su desconfianza por la propaganda, en la que el americano ve algo de diabólico, una especie de magia negra de los modernos brujos políticos. La palabra "propaganda" asume en América un significado despreciativo y bien ha hecho nuestro Gobierno en cambiar la denominación primeramente adoptada de "Ministro de Prensa y Propaganda", en "Ministerio de Cultura Popular". Todavía es una preocupación del americano, que ha estado en contacto con el mundo europeo, conocer lo que los europeos piensan de los americanos. Muchas veces he oído de mis amigos la pregunta: "¿Dígame sinceramente, profesor Gini, piensa usted, que nosotros los americanos somos un pueblo civilizado?" —"Ciertamente"— yo respondía, buscando de conciliar la verdad con la cortesía—: "sois un pueblo muy adelantado"— "No, no" —protestaban los más inteligentes— "esta es otra cosa, nosotros le preguntamos si somos civilizados". Y ahora, puesto en aprietos, decía yo lo que en otra parte substancialmente he dicho: [6] "Vosotros sois muy civilizados, tal vez más civilizados que nosotros los europeos, en toda aquella parte que se refiere a la producción; pero lo sois menos, mucho menos, en la parte que toca a los consumos materiales y psíquicos, y forma el refinamiento de la vida. Se puede decir que vosotros sois extremadamente civilizados, pero civilizados a medias".

La falta de refinamiento en todas las manifestaciones, constituyen verdaderamente una de las características esenciales de los americanos. Son de los *parvenus*. Un colega me explicaba el escaso prestigio social, de que gozan en América los profesores universitarios, con la circunstancia de que raramente son de los *gentlemen*. El hecho es incontrovertible; pero la explicación es insuficiente, porque tal hecho no constituye para nada

6 Cfr. *La riccheza comparada de las naciones*, discurso inaugural del año académico 1925-26 en "Atti o Memorie della R. Academia di Scienze, Lettere ed Arti di Padova". Vol. XLII, reproducido en "Nueva Antología", 16 de agosto de 1926.

una particularidad de los profesores universitarios. Por otra parte, esto explica cómo, cuando por rara excepción un profesor universitario es realmente distinguido en su presencia y maneras, adquiere, en el ambiente universitario americano, influencia y autoridad excepcionales. A la verdadera explicación he aludido ya; que los profesores universitarios americanos gozan de un extipendio que, traducido en liras, puede parecer a sus colegas italianos muy elevado, pero resulta bajo en comparación con el de un profesionista americano de calidad. En América, un hombre vale por lo que gana. Pasando del viejo al nuevo mundo, el significado de la palabra "aristocrático" —me hacía observar un agudo colega— ha resentido una revolución. En el continente europeo "aristocrático" significaba y significa que se eleva sobre la masa por la nobleza de linaje. En Inglaterra, según el diccionario de Oxford (él decía, y yo no lo he averiguado, que historietas como ésta tienen un valor, no tanto porque sean verdaderas, sino porque son significativas), aristocrático es quien se eleva sobre las masas por nobleza de linaje o por altura de inteligencia. En América en cambio, aristocrático está definido (y esto me ha dado ocasión de comprobarlo en el "Wester's Collegiats Dictionary") quien se eleva por altura de linaje, de riqueza o de intelecto. Tan extendida, la palabra "aristocrático", en una sociedad donde las fortunas abundan y rápidamente se hacen y se deshacen, pierde toda importancia práctica. En realidad, la palabra es pronunciada raramente. Los americanos no hablan de un círculo, de un teatro, de una playa, de un restaurante "aristocrático". Hablan de un círculo, de un teatro, de una playa, de un restaurante "exclusivo". La exclusividad, cuando se puede, se obtiene con los altos precios; de otro modo limitando en alguna forma el acceso. Esta es la diferencia formal, con que se trata de suplir una diferencia substancial que no existe. "Untoucheables" —me decían— se llaman los aristocráticos de Yale para quienes es condición esencial haber nacido en aquel lugar. Pero sobre todo divertida, al menos para un europeo, es la lectura de las noticias que describen la formación de la aristocracia de Nueva York.

Samuel Mac Allister, nacido de un gentilhombre del Sur, de origen escocés, y de la hija de un millonario de Georgia, frente a la marea de los ambiciosos que, después de la guerra civil, querían ascender a la alta sociedad, ejecutó una especie de dique, y por un cuarto de siglo mantuvo el cetro de las elegancias americanas, ilustrando de cuando en cuando sus conceptos en los diarios de la metrópoli con artículos no siempre muy coherentes, con frecuencia anónimos, algunas veces desmentidos por él mismo (a reserva de desmentir después la rectificación), pero de todos modos

fácilmente reconocibles por ciertas características de libertad en la sintáxis. Faltando en América —escribía él— una alta sociedad basada en el nacimiento, es necesario crear una basada en la "fashion", palabra que nosotros podemos traducir por "distinción". 400 personas, él había declarado, constituirán la "fashionable New York Society" y 150 la "ultrafashionable "New York Society". Estas 150 representaban según decía, entre otras, las más brillantes y atractivas creaturas. Listas de estos distinguidísimos y superdistinguidísimos personaje se publicaron en diversas ocasiones, y muestran una activísima renovación del grupo. El círculo de distinción debía ir al mismo paso que la rueda de la fortuna. No hay que extrañarse, si como Mac Allister informaba (quizá con un poquillo de exageración), eran necesarios en 1892 para vivir correctamente en Nueva York cuando menos 184 mil dólares al año. Cuánto fuese necesario, de todas maneras, gastar para figurar en el Pantheon de la distinción se revela de lo que él escribía a propósito de la señora Cleveland, la esposa del ex-Presidente de los Estados Unidos. "Es muy atractiva y de buenas maneras y ciertamente podría figurar primero entre los 400, y, después, entre los 150. Pero Cleveland no tiene dinero. El asegura que ella se vestiría como una princesa; y tiene razón. Pero no tiene dinero. Por otra parte, no puede aceptarse que la esposa del Presidente sea la primera Señora de la Nación durante toda su vida, pues sería crear "aristocracia". "Mac Allister se complace, en cambio, de la "exclusividad" de su sociedad, y compara los bailes de Nueva York, que organiza, con los de las ciudades de Europa. Sus bailes son mucho "más puros". Naturalmente se declara democrático; son los nuevos millonarios que, después de haber entrado en la alta sociedad, quieren tener alojados a los otros.

La falta de refinamiento del pueblo americano se ha acentuado en las últimas generaciones a medida que se iba reduciendo la descendencia de las familias nobles o de la media burguesía, que habían alimentado las primeras oleadas de la inmigración, y prevalecían las masas de los trabajadores de reciente importación. Quien haya estado con más frecuencia en los Estados Unidos en los últimos treinta años, o por lo menos como yo, en los últimos quince años, lo ha podido comprobar. En la actualidad, también se han resentido las manifestaciones artísticas, que tienen necesidad de estar en contacto con los gustos de las masas. Tal es el caso de las exhibiciones cinematográficas. Nosotros, del cinema americano, conocemos, en Europa, solamente producciones seleccionadas por sus cualidades intrínsecas, y porque están menos en desacuerdo con los gustos europeos; pero la última vez que fuí a América era de reglamento que los

astros de la pantalla hablasen en voz alta, en tono violento y desgarbado, que tuviesen el cuello abierto y la corbata floja y los vestidos un poco descompuestos, como entre nosotros pudiera estar un ebrio. A menudo se presentan en estado de ebriedad y, si esto no aumenta, ciertamente no disminuye las simpatías del público. ¿No es ésta, allá, la vida? Cuando después el héroe de la aventura atesta al adversario un buen puñetazo, un aplauso irrefrenable estalla en la platea.

Donde la rudeza llega a su colmo, es en la prensa. El provecho que obtiene la difusión del periódico, proviene al excitar los sentimientos de las masas, la frecuente relación entre los diarios con grupos financieros y políticos, el aumento de los servicios de reportaje y la competencia que se establece entre los diversos informadores por ver publicadas sus propias informaciones, una indiscreción que no conoce límites y un desprecio de la verdad que llega al cinismo cuando esta verdad está en oposición con el interés de los bienes periodísticos o con la ideología de la democracia o con la vanidad de lograr un éxito público, el hábito y casi el deber, que todo ciudadano siente de preocuparse de la cosa pública, pero sin la mínima preparación y casi siempre con una ignorancia increíble de todo aquello que ocurre fuera de América, convergen con la natural falta de refinamiento, a hacer de gran parte de la prensa americana, algo que llega al escándalo. Quien haya estado algún tiempo en América podría contar episodios divertidos en argumento.

¿Cuál es —se preguntaba a quemarropa a un fino diplomático italiano, conocedor profundo de la vida americana— la cosa mejor en América?, y ¿cuál es la peor? —"La cosa peor" —respondía sin inmutarse— "es la prensa, y la cosa mejor, es la mujer". ¡Indudablemente!

Volvamos a la cosa mejor. La mujer constituye un aparato más delicado, más sensible del que representa el hombre; y es sobre todo en un ambiente grosero donde su superioridad se manifiesta. También en Europa, por lo demás, en la medida que es difícil a un hombre ocultar su humilde origen, es difícil, y en frecuencia imposible, descubrirlo en la mujer. No sólo la psique de la mujer es naturalmente más refinada, sino que hecha de intuiciones más que de argumentaciones, ella resulta sin comparación más apta para advertir, y apreciar y, aún para asimilar inconscientemente los refinamientos de otros. Por ésto los americanos de todas las profesiones, de todas las sectas, de todas las clases sociales dependen, como perritos amaestrados de las indicaciones de sus dulces y autoritarias mitades. Es la mujer la que sabe cómo se debe comportar. Para un americano, la mujer no es solamente la compañera de su vida;

muchas veces es, y sigue siendo, la secretaria, y siempre es un poco su institutriz, la institutriz de un muchachote mal educado. Está aquí, más que en su superioridad estética y en la mayor elevación de sus funciones sociales, la razón de la posición predominante de la mujer en la sociedad americana.

Las pequeñas costumbres de la población ofrecen materia de consideraciones interesantes para el sociólogo, que, como el naturalista, debe preocuparse también de los detalles que al público parecen de ninguna importancia. Aún en este campo, las costumbres de las clases trabajadoras europeas se han conservado en América, pero, en la abundancia de los medios, en el ascenso del nivel cultural, y gracias al espíritu práctico americano, han sufrido transformaciones y perfeccionamientos tales, que con frecuencia se nos presentan bajo un aspecto completamente nuevo, que induce a veces a aceptarlas en Europa como la última palabra del progreso de la moda.

Entre nosotros, los campesinos pobres, pero de vajilla, después de la sopa, se presentan en un solo plato todos los otros alimentos de una comida. En las ciudades del Middle West puede suceder todavía ahora, ser invitados, por ejemplo, por el Presidente de una gran universidad, a una comida, que nosotros diremos oficial, en la que el vestido de etiqueta es de rigor, y después del entremés verse servido en el mismo plato, la única copiosísima ración (que el dueño de la casa, a la cabecera de la mesa, trincha él mismo en vuestra presencia) junto con las legumbres, que dada la abundancia y variedad de la dieta americana, no son nunca menos de tres o cuatro. En las partes más evolucionadas de América, y en todos los grandes hoteles, parece incómodo servir todo en el mismo plato. Para todas las verduras (y aquí el número de ellas es aún mayor) se destina un plato aparte, en tal forma que la elección del europeo se confunde entre una constelación de una media docena de platitos por lo menos, que por todas partes lo circundan y que dan la medida de la suntuosidad de la comida.

Privados de energía eléctrica, los campesinos europeos, y ciertamente los pioneros americanos, tuvieron que comer a la llama incierta de una luz de aceite o petróleo, y, en las grandes ocasiones, de las velas. El uso de las velas se ha conservado rigurosamente en América y observado como norma de etiqueta, tanto en las comidas privadas como en las oficiales. No queda, naturalmente, huella de la primitiva costumbre de fijar con cera las velas sobre la mesa o sobre un plato. En las habitaciones modestas se ponen sobre candeleros de terracota sin pretensiones; pero en las comidas de lujo se sostienen por suntuosos candelabros de plata, y éstos

se multiplican tanto, que la débil luz primitiva ha dejado lugar a una suntuosa iluminación. Desde hace algunos años tal costumbre se ha vuelto de moda, como es sabido, aun en la alta sociedad europea y tiende a difundirse.

En los primitivos trenes que atravesaban las praderas americanas, los trabajadores debían dormir recostados a los lados de las carrozas, dejando libre un espacio intermedio para pasar. De aquí, ha tenido origen probablemente la disposición de los carros dormitorios americanos, en los cuales las camas están distribuídas en dos filas laterales, a lo largo de un corredor delimitado por cortinas durante la noche. Para largos viajes, y particularmente en el verano, yo prefiero sinceramente tal sistema, que proporciona lechos más amplios y una mayor circulación del aire, que el sistema europeo.

En algunos viejos edificios europeos, particularmente en fábricas y laboratorios, todavía se van a colgar, en el exterior de las ventanas, una especie de persianas movibles hechas de tabletas sobrepuestas, con una anchura de diez centímetros, que se pueden bajar cubriendo todo el vano de la ventana, o levantar, dejándolo totalmente descubierto. De ellas evidentemente derivan las "Venetian blinds" o "Venetian curtains" americanas, cuyo nombre claramente denota el origen europeo. Las tabletas se han hecho más estrechas, más numerosas, y mucho más sutiles y ligeras. Con frecuencia se revisten de tela. Manejadas mediante un dispositivo especial, pueden presentarse de frente, de perfil o con cualquiera inclinación intermedia. Colocadas en el interior de las ventanas, constituyen un elegante y práctico complemento de las cortinas laterales, por medio de las cuales la iluminación de la estancia puede regularse convenientemente. Se pueden ver algunas veces reproducidas en la pantalla de los cinematógrafos. No creo que hayan sido todavía imitadas en Europa.

En Europa el paso de la infancia a la adolescencia, se caracteriza entre otras cosas por un riguroso aprendizaje de las normas de comportarse en la mesa. Todo muchacho de la buena sociedad debe aprender a comer carne y los otros alimentos consistentes, teniendo el tenedor a la izquierda, sin necesidad de cambiar de mano cada vez que haga uso del cuchillo. Me acuerdo de un hermano mío, reacio a asimilar este indispensable ingrediente de la buena educación europea, cuya resistencia cedió sólo a las mofas de que se le hacía objeto, porque —se le decía— comía como un campesino. Efectivamente, entre nosotros, y probablemente en toda Europa, los campesinos, para llevar a la boca los alimentos, tienen siempre el tenedor con la mano derecha. Al presente, ésta es todavía la costumbre general de los americanos; pero lo más interesante es

que, entre los americanos, se ha hecho una costumbre correcta y elegante. No será fácil que un americano lo diga. El americano es pragmatista y, cuando se le interroga, generalmente cree que se hace teniendo a la vista una situación personal. Es ésta una circunstancia que hay que tener presente en las interrogaciones que se refieren a puntos delicados de la vida, pues se corre peligro, por otra parte, de hacerse atribuir intenciones muy diversas de la verdad y a veces poco deseables. La idea, entonces, de que se puedan estudiar las costumbres de los americanos, como, quizás el mismo interlocutor ha estudiado o estudia las costumbres de los negros o de los indios, naturalmente no pasa por la cabeza de un americano. Cuando se le pregunta, pues, cuál de los dos modos es el más correcto de tomar el tenedor para llevar a la boca los alimentos, él supondrá que al europeo le preocupa el hecho de que no se sigue el sistema americano, y responderá, por cortesía que los dos sistemas son admisibles. Esta es la respuesta que he tenido siempre de mis amigos, los cuales invariablemente comían a la manera americana; pero tal respuesta no me convencía. Cuando he aquí que en el hermoso libro de Santayana: *The last puritan* [7] que estaba de moda la última vez que estuve en América, encuentro el divertido episodio del protagonista rebelde al fin a la autoridad paterna, el cual, indignado, sentencia que ciertísimamente ahora, en América, la gente fina no coma jamás con el tenedor en la mano izquierda, usanza anticuada y exótica. Casi tan inconveniente como llevarse el cuchillo a la boca. La usanza de los americanos, puede presentar, para ellos, la ventaja de obligarlos a comer menos aprisa; pero constituye, como declaraba el último de los puritanos, una complicación absurda, que probablemente está destinada a desaparecer aún en América.

En Europa, los tirantes señalaron en el pasado un distintivo de las clases sociales, casi tan riguroso como el cuello. Las clases intelectuales los llevaban; las clases trabajadoras no. En América, la costumbre de las clases trabajadoras también en esto se ha conservado, pero la burda y con frecuencia remendada camisa de algodón se ha transformado en la elegante e impecable camisa de seda o de lino. No faltan inconvenientes, y el europeo no puede dejar de sonreir ante las zonas blancas que con tanta frecuencia, especialmente en el Middle West, se muestran y, a veces muy visiblemente, entre el chaleco y el pantalón, como sucedía a mi amigo Fred. Pero tampoco faltan las ventajas, especialmente en estío, dada la costumbre general de quitarse el saco, no sólo en la casa, sino también

7 *The last Puritan, a memoir in the form of a novel por George Santayana.* New York, Scribner's Sons, 1936, págs. 204-205.

en las oficinas, en los trenes, en los restaurantes. Yo he encontrado en América solamente algún descendiente solitario de los gentileshombres del Sur que lleva todavía tirantes, pero casi clandestinamente, quitándoselos cuidadosamente, junto con el saco, cuando entra en la oficina, para ponérselos cuando se pone de nuevo el saco para salir. También en esto, el uso de las clases bajas europeas se ha vuelto costumbre elegante de los americanos. Por otra parte, con la manía de la moda, ahora vuelve a surgir entre las clases altas del viejo continente. Y así el más elegante de nuestros Ministros de la Educación Nacional recibe— en verano se entiende— en camisa, refinadamente entonada con el color de la corbata y de los pantalones, y ningún objetivo fotográfico, causaría sorpresa al más glorioso de los Mariscales de Italia que jugara en tirantes a las bocas. [8]

Pero quizás molesto con estas disquisiciones y se me preguntará cómo no me ocupo en cambio, de lo que se reconoce como la diferencia capital entre los dos mundos: la riqueza de América y la pobreza de Europa.

Yo preveo que mi tesis, en argumento, os parecerá tan violentamente heterodoxa que creo prudente brindarla en dosis.

La primera circunstancia que haya que tener presente es que los recursos naturales de América fueron algo exagerados. Importantes por lo que se refiere a las materias extractivas, no se puede decir excepcionales desde el punto de vista de la fertilidad de la tierra, cuyo rendimiento por otra parte, aún en América, asume mucha mayor importancia, en la economía nacional, que el de las minas. También la psicología productiva de la población, de la que no será jamás suficientemente exaltado su alto valor social, no es circunstancia que pueda dar a América, frente a Europa una decisiva ventaja económica. La clase que vive con los réditos del capital, no presenta, realmente, en Europa más que una pequeña parte de la población apta para el trabajo, y buena parte de ella no queda inutilizada para la sociedad, pero en las funciones públicas, en las obras de Beneficencia, en las organizaciones de la opinión pública, ejercita, con prestigio y con rigor, una función que en América no siempre está bien cumplida.

8 El ejemplo de América no está, con toda probabilidad, aislado. Verosímilmente en otras ocasiones, las costumbres de las clases bajas de una población, pasadas, para el trámite de los emigrados a otros territorios, asumieron en éstos, caracteres nacionales, y de allá regresaron después, ennoblecidas, a los países de origen. Creo que tales hipótesis podrían sugerir la dirección hacia interesantes experimentos etnográficos.

Los americanos, por otra parte, han heredado y desarrollado la psicología productiva de las clases trabajadoras europeas y de éstas también han heredado y desarrollado la psicología derrochadora, por lo que sus ancestros no lograron reunir un patrimonio. Es verdad que, en la época contemporánea, tal característica tiene, sobre el desarrollo económico de la Nación, efectos muy diversos que en otro tiempo. Cuando prevalecía la economía doméstica, una Nación o una clase, compuesta de familias que en la medida que producían otro tanto consumían, no podía ahorrar y vivía al margen de la miseria. En una economía basada esencialmente sobre el intercambio y el crédito, en cambio, los consumos de una familia presuponen la actividad de otros productores, así que la tendencia a un general incremento del consumo, a través del aumento de la demanda, estimula la producción, y por lo tanto, las inversiones, y a su vez reclaman la formación del capital necesario. Donde en cambio, como en Europa, la población tiende a acumular el beneficio realizado, el ahorro que así se forma favorece las inversiones, directamente o por medio de los bancos, y después la producción, y ésta, a través de la crecida oferta, determina un incremento de los consumos. En los dos casos, la producción ocurre, impelida en el segundo caso por el ahorro y atraída en el primero por el consumo, pero procede en modo no diverso substancialmente.

Quizá se piense que tales tendencias contrarias al ahorro, difundidas en la población y frecuentes en las administraciones públicas, están compensadas con las excepcionales dotes organizadoras de los capitanes de la industria y del crédito; pero si se interroga a los europeos que han estado más en contacto con ellos, éstos dirán cómo han constatado con sorpresa que no son enteramente superiores a los industriales o banqueros europeos de media talla. Y cualquier amigo americano, en vena expansiva no callará la fabulosa facilidad con que, hasta hace pocos años, las empresas surgían, se desarrollaban y prosperaban, sin un proyecto previo, sin un seguro criterio directivo, empujadas a toda vela hacia el buen éxito, por el viento irresistible de una fenomenal prosperidad colectiva.

Pero se dirá: si esta prosperidad colectiva existe, o al menos existía hasta hace pocos años, ésto debe o debía suceder seguramente por mérito de alguien o de alguna cosa. ¿Cómo es que con recursos, si bien notables en ciertas ramas, pero no fenomenales en conjunto, con una población despilfarradora, una mala administración, capitanes de la industria y del crédito, de capacidades mediocres, ha podido América dar lugar a tan admirable creación de riqueza, a la que el mundo ha asistido? Res-

pondo: en realidad, aquella admirable creación de riqueza no ha existido jamás. La fenomenal prosperidad colectiva ha existido y en el fondo existe todavía, pero por circunstancias independientes de los méritos individuales de los americanos. No es que anuncie una paradoja; doy una demostración; pero permítaseme que prepare el terreno contando dos hechos.

En Rusia y en Rumanía arraiga una secta cuyos miembros, aspirando a la felicidad eterna, mediante la mortificación de la carne en este bajo mundo, y tomando al pie de la letra ciertas exhortaciones metafóricas a la continencia, contenidas en los Evangelios, se impiden, con radicales operaciones, toda posibilidad de procreación. La secta de los Skoptzy se conserva, y, en ciertos períodos, antes bien, se acrecienta en medida alarmante, con un ardiente proselitismo, con la afiliación de nuevos adeptos adultos o adolescentes. No se trata, como bien se comprende, de personas muy inteligentes. En el pasado, aún gente de rango, entró a formar parte de la secta; pero en los últimos tiempos, sus miembros se reclutaron y se reclutan entre las clases sociales no elevadas; cocheros (y ahora automovilistas) y agricultores en Rumanía, agricultores en Rusia. Es gente laboriosa, tranquila, morigerada y honesta, si se hace abstracción de los medios, no siempre escrupulosos, adoptados para ganar prosélitos. Y es gente acaudalada. Confinados en Siberia, en las tierras de los Yacutos, los Skoptzy desarrollaron la agricultura en vasta escala; mediante adecuados invernaderos, volvieron posible el cultivo de las primicias de los países cálidos; molinos, fraguas, fábricas de sillas de montar, tiendas, surgieron por su iniciativa; los miembros más ricos ayudaban a la comunidad en la construcción de nuevas casas o de calles. Así los Skoptzy elevaron la zona habitada por ellos a un grado de prosperidad que los colonos rusos, que a su repatriación tomaron su puesto, no pudieron sostener. En Bucarest, como cocheros, eran renombrados por la belleza de sus carruajes y la generosidad y la riqueza de ornamentos de sus caballos. En Rusia y en Rumanía, dícese que la comunidad de los Skoptzy dispone de capitales importantes, empleados en operaciones bancarias. [9] La causa del éxito es la misma en todas partes. No teniendo hijos, es

9 Cfr., para todas estas noticias, W. JOCHELSON, *The Yakut*, "Anthropological Papers of the American Museum of Natural History", Vol. XXXIII, Part. II, New York City 1933. The Skoptzy, pagines 182-185; y E. PITTARD, *La castration chez l'homme et les Modifications morphologiques qu'elle entraine. Recherches sur les adeptes d'une secte d'eunuques mystiques.* Les Skoptzy; Paris, Masson et Cie., 1934. Chapitre II: *Une secte d'eunuques mystiques: les Skoptzy*, págs. 68-144.

fácil reunir comodidades y acumular economías notables, las cuales a su muerte pasan después a beneficar a la comunidad. 10

Cuando, en 1929, fuí por la primera vez a Chicago, quedé sorprendido al transitar de la estación Central a la Universidad, y encontrarme en una bella y amplia calle, flanqueada de palacios suntuosos y completamente ocupada de negros. El colega americano que me acompañaba, me explicó lo que sucedía. Después de la guerra, trabajadores negros, fueron empujados de sus países nativos del Sur, hacia la metrópoli del Norte. En la flor de la edad trabajadora, disfrutan de altos salarios, y sin carga de familia, ahorran fuertes cantidades. Reuniéndose por costumbre en grupos, compran después apartamentos en una de las arterias preferidas. Los blancos, desdeñando su contacto, desalojan la calle dejando el campo libre a los negros.

Debe alejarse la idea de que yo quiera poner a la nación americana en el mismo plano que los Skoptzy o que los negros; pero, desde el punto de vista que nos interesa, hay, en los tres casos, la misma circunstancia que, como favorece a los Skoptzy y a los negros de Chicago, frente a las poblaciones en que viven, así favorece a los americanos frente a los europeos. También la nación americana, en efecto, fué, en el pasado, relevada de los gastos de crianza de las nuevas generaciones. Veintisiete millones y medio de emigrados, casi todos europeos, generalmente en la flor de la edad y en la plenitud de las fuerzas trabajadoras, se establecieron durante el período 1820-1930, en el territorio de la República Estrellada. 11 No cuento los repatriados, cerca de doce millones. 12 Me

10 "The *Skoptzy* had no children to provide for and wereable to accumulate money and many had large deposits in Siberian banks", (JOCHELSON, op. cit., pág. 182); "la fortune de chaque individu (on a connu des Skoptzy millonaires) rentre a sa mort, dans la fortune de la communauté" (PITTARD, op. cit. pág. 86).

11 Willcox estimaba en 26.180,000, el total neto de la emigración a los Estados Unidos de América, clasificable por decenios u otros intervalos de tiempo, acaecida en el período 1820-1930. (*Cfr. International Migrations*, National Bureau of Economic Research, Vol. II, 1931, pág. 89). Los datos de Willcox están contenidos en la columna 2 de la tabla siguiente. A tales cifras en total, Willcox mismo aceptaba, sin embargo, debían agregarse otros 1.309.000 inmigrantes, en que la inmigración del Canadá y de México habría sido supervaluada del período 1840-1920 (Ibidem, pág. 92). Aumentando proporcionalmente las cifras de la columna 2, relativas a los intervalos 1840-1922, se obtienen las cifras de la col. 3.

12 Willcox estimaba en 27.762.000 la inmigración burda clasificable por decenios u otros intervalos de tiempo, efectuada en el período de 1820-1930, cifra

refiero a 1930, sea porque a éste o a los años inmediatamente anteriores se refieren todos los datos necesarios para el cálculo, o sea porque tales años han señalado un máximo en la prosperidad americana, y yo para ser más preciso en mi argumento, deseo ponerme en las condiciones menos favorables a mi tesis. Desde 1802 a 1912 se puede calcular que en los Estados Unidos de América se tenían 142 millones de nacidos, y de éstos poco más de dos tercios (cerca de 95 millones), han llegado a la edad adulta (18 años) [13]

La inmigración ha contribuído, pues, en casi el 30 por ciento, a las nuevas generaciones de los trabajadores americanos.

Intervalo de tiempo	Inmigración neta (en millares de personas). Cifras observadas.	Cifras integradas.
(1)	(2)	(3)
1821-30	152	152
1831-40	569	569
1841-50	1 539	1 627
1851-60	2 201	2 327
1861-70	1 856	1 962
1871-80	2 108	2 228
1881-90	3 680	3 890
1891-900	2 398	2 535
1901-07	3 794	4 011
1908-14	4 070	4 303
1915-22	1 265	1 337
1923-30	2 548	2 548
	26 180	27 480

que representa el 144% de la inmigración neta clasificable, estimada por él, como se ha dicho en la nota precedente, en 26.180.000. Aplicando el mismo coeficiente a los 27 millones y medio, a que se ha llegado por la inmigración neta total, en la nota precedente, se obtienen 29.58 millones para inmigración burda, con una diferencia de 12.09 millones representados por los repatriados. Quizá la cifra es en realidad un poco más elevada, ya que es verosímil que, entre los inmigrados de países limítrofes, como el Canadá y México, el porcentaje de los repatriados haya sido más elevado que entre los inmigrados de otros países.

13 La tabla siguiente muestra los elementos de los cálculos:

Pero ¿cuál fracción de la riqueza nacional americana —se me preguntará— puede haber representado la aportación económica de estos emigrados?

Intervalos de tiempo.	Nacimientos de blancos.	Porcentaje de los nacimientos de blancos sobre los nacimientos totales.	Nacimientos totales.	Supervivientes hasta los 18 años % nacidos	Supervivientes hasta los 18 años.
(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)
1802-04	800	81.0	990	48	470
1805-14	3 210	81.0	3 960	52	2 060
1815-24	4 180	81.6	5 120	56	2 870
1825-34	5 450	81.9	6 650	59	3 920
1835-44	6 900	83.2	8 290	61	5 060
1845-74	32 690	85.4	38 280	63	24 120
1875-84	15 360	86.5	17 760	65	11 540
1885-94	17 410	87.5	19 900	70	13 930
1895-904	20 220	87.7	23 060	74	17 060
1905-909	8 960	88.1	10 170	77	7 830
1910-12	6 890	88.7	7 760	81	6 290
1802-1912	122 070	86.0	141 940	67	95 150

Las cifras de las col. 2, 3 y 4 están deducidas de los datos suministrados en el volumen de W. S. THOMPSON y P. K. WHELPTON *Population trends in the United States, Mc Graw Hill,* New York, 1933, págs. 6,263 y 266. Salvo el último intervalo 1909-12 se trata de datos calculados, pero atendibles. Las cifras de la col. 5, fueron estimadas, teniendo en cuenta los datos de la tabla siguiente, casi todos sugeridos por el Dr. L. I. Dublín, Jefe de la Oficina de Estadística y Vicepresidente de la "Metropolitan Life Insurance Company" que tuvo la cortesía de enviarme también las copias fotostáticas de los documentos de los cuales fueron tomados. Para su estimación, se ha tenido en cuenta la circunstancia que en los Estados del Nord-Este, la supervivencia debía ser más elevada que en el conjunto de la población de los Estados Unidos.

Tablas de mortalidad.		Supervivientes de 18 años por 100 de nacidos.			
Autor	Población	Período	Hombres	Mujeres	H. M.
Barton	Filadelfia	1782-90	—	—	465
Wiggles-worth	Massachussetts y New Hampshire	1789	—	—	500
Elliot	Massachussetts	1855	—	—	656
Billing		1878-82	663	685	—

Un cálculo burdo se ha presentado hace dos años a los lectores de esta misma revista en el artículo "Emigrazione e colonie" [14] y los resultados de sucesivos cálculos, más detallados, o menos ampliamente aproximados, están expuestos en la conferencia citada *América: stirpe di lavoratori*. La documentación precisa de las fuentes y los detalles de tales cálculos, así como de algunos cálculos complementarios, pueden encontrarse en mi artículo *Europa und Amerika: Zwei Welten* y en una nota agregada del dott. A. De Vita, que salen contemporáneamente a este artículo, en el "Weltwirtschaftliches Archiv", de Kiel. [15] Aquí me limito a resumir las conclusiones.

Según cálculos, logrados precisamente en 1930, por los mejores especialistas americanos [16] un americano llegado a los 18 años de edad costaba entonces, supuesto un interés del 3.5 por ciento al año, cerca de 10,000 dólares, y el valor actual de las rentas netas futuras, debidamente descontado, se eleva a casi 30,000 dólares.

Aceptando la tesis, sostenida por muchos americanos, que los inmigrantes europeos no hayan hecho otra cosa que ocupar el puesto de otros tantos nacidos vivos que, en su lugar, los americanos habrían traído al mundo, la aportación económica estaría representada por los gastos de crianza de un igual número de americanos. Admitido que las sumas ahorradas hayan sido empleadas con un rendimiento anual del 4% (rendimiento modesto para América, en el total del período examinado), la aportación económica de los inmigrantes habría representado, en 1930, en moneda de aquel año, un monto de más de 2.2 billones de dólares. Descendiendo la tasa del interés al modestísimo nivel del 3%, el monto sería siempre de 1.2 billones. Si, como es ciertamente más aceptable, la aportación económica de los inmigrantes se mide, en cambio, bajo la base de sus

---

Tablas de mortalidad.		Supervivientes de 18 años por 100 de nacidos.			
Autor	Población	Período	Hombres	Mujeres	H. M.
Glover	Massachussetts	1890-	694	710	—
Abbott		1893-97	715	737	—
Glover	„	1901	741	772	—
Glover	Estados Unidos.	1910	—	—	807

14 Año XXVIII, Fasc. IV, abril 1938.

15 51 Band, Heft 4, junio 1940.

16 Cfr. L. I. DUBLIN y A. J. LOTKA, *The Money Value of Man*. Ronald Press Co., New York, 1930.

rentas netas futuras, es posible también tener en cuenta la composición por edad, calculando el valor medio de un emigrado por cada categoría de edad. La aportación económica de la inmigración resulta, con tal método, de más de 6 billones [17] de dólares, admitida una tasa de interés del 4%, y de cerca de 3 billones admitida la tasa del 3%. Quien como yo, opine que la valuación del valor futuro de un americano, efectuada por los mencionados especialistas, sea exagerada, deberá aplicar a tal resultado una reducción, pero aún admitiendo que la reducción que deba hacerse fuera de unos dos tercios, y que el valor futuro de un americano que ha llegado a la edad adulta no sobrepasa así su costo de crianza, se llegaría siempre a 2 billones y, respectivamente a 1 billón de dólares.

Otra reducción podría efectuarse teniendo en cuenta la circunstancia de que los gastos de sostenimiento y el valor futuro de un americano adulto, aún medidos uniformemente en moneda de 1930, probablemente se han elevado durante el período 1820-1930, y por lo tanto, debían ser en media, durante tal período, inferiores a los de 1930. Pero, también si se quisiera efectuar, para tales consideraciones, una reducción de la mitad, se llegaría siempre, para la aportación económica de los inmigrados a cifras del orden de 1 billón de dólares, supuesta la tasa de interés del 4% y de 500 a 600 mil millones supuesta una tasa del 3%. Ahora, en 1929, la riqueza total de los americanos se valuó en 362 millones de dólares. [18]

No se han tomado en consideración, en los cálculos citados, las remesas hechas de la patria de los inmigrados durante su permanencia en América en el momento de la repatriación, como no se han tenido en cuenta, por otra parte, los capitales y su indumentaria, sus enseres, instrumentos de trabajo y otros bienes que los inmigrados llevaron consigo, ni del incremento aportado con su trabajo a la riqueza americana por los inmigrados que después fueron repatriados. Los cálculos resultantes —que se encuentran en las publicaciones citadas— muestran que las tres partes pueden ser del mismo orden y magnitud, y que la primera de ellas, de todos modos, no llega a compensar el total de las otras dos, por lo que, para tener en cuenta, nada habría que quitar, pero tampoco, nada que agregar a los resultados mencionados, para medir la aportación económica hecha por los inmigrantes a América.

17 Por un error material, en la conferencia *America stirpe di lavoratori*, se había indicado la suma de 5543 billones, en vez de aquella de 6.000 (exactamente 6.011 billones). El recuento detallado puede encontrarse en el artículo citado en la nota 15.

18 *Cft. Recent Social Trends in the United States. Mc Graw Hill Co.*, New York, 1933, Vol. V. Pág. 231.

Por más que se examinen estas cifras, de una conclusión no se escapa: no es que la aportación económica hecha a América por la inmigración haya representado una parte de la actual riqueza; sino es que la actual riqueza americana representa una fracción de la aportación económica de los inmigrantes. En vez de dar lugar a una creación excepcional de riqueza, en realidad los americanos, hechas las cuentas, no han sabido siquiera ahorrar o emplear, al modestísimo interés del 3 %, las economías que la oleada de emigrantes les permitía realizar sobre los gastos de sostenimiento de las nuevas generaciones. En cierto modo, pues, la riqueza de la América se puede decir que es un don de Europa. Que el don no fuese intencional, que quizá los inmigrados si hubiesen permanecido en su patria, habrían representado para ésta una carga más que una ventaja, son cuestiones que no interesan para el resultado de las conclusiones a que hemos llegado para juzgar de la potencia económica creadora de América. Y ni siquiera se debilita por la consideración que los gastos de sostenimiento de los emigrantes han sido ciertamente menores, para Europa, de lo que habrían sido para América. De todos modos, en conjunto aún para Europa, tales gastos fueron enormes, y de seguro compensados sólo en pequeña parte por las remesas de dinero que los inmigrados hicieron a Europa. Esto no obstante, la riqueza de Europa aumentó, y, si tal aumento fué más lento del que se verificó en la riqueza de América, no es circunstancia que haga avergonzar a Europa o enorgullecer a América, que, en el fondo, como se ha demostrado, no sólo el aumento de la riqueza europea, sino toda la riqueza de América se puede considerar como obra de Europa. Muchos encontrarán igualmente natural y equitativo, que, en tales condiciones, alguna migaja de riqueza vuelva a caer de la mesa opulenta de los hijos enriquecidos, a la modesta ración de la madre patria. 19

19 La segunda parte de este brillante estudio del eminente sociólogo italiano C. Gini, será publicada en el número 2 de la "Revista Mexicana de Sociología", correspondiente al segundo trimestre de 1941.